



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL TERCER GRUPO DE OBISPOS DE FRANCIA EN VISITA "AD LIMINA"

Jueves 18 de diciembre de 2003

Señor cardenal;

queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

1. En este tiempo de Adviento, durante el cual la Iglesia aguarda con esperanza la venida del Salvador, me alegra acogeros a vosotros, obispos y administrador diocesano venidos de la provincia eclesiástica de Marsella, así como al arzobispo de Mónaco, y os saludo cordialmente. Como el apóstol san Pablo, habéis venido a "ver a Pedro" (Ga 1, 18), para fortalecer los vínculos de comunión que os unen a él y para presentarle la vida de vuestras diócesis, evangelizadas por la fe y la audacia misionera de los testigos de los primeros siglos. Agradezco al señor cardenal Bernard Panafieu, arzobispo de Marsella, sus palabras: al exponer las realidades pastorales de vuestra provincia, sus ricas esperanzas y su dinamismo pastoral, pero también vuestros interrogantes y vuestras preocupaciones de pastores, ha expresado vuestro deseo común de enraizar vuestro servicio apostólico en una acogida cada vez mayor de la gracia de Dios y en una intimidad cada vez más profunda con Cristo, al servicio del pueblo de Dios que os ha sido confiado. Deseo que vuestra peregrinación a las tumbas de los Apóstoles y vuestros encuentros con los diversos organismos de la Curia os permitan volver fortalecidos en el deseo de proseguir con alegría vuestra misión apostólica.

2. Al final del gran jubileo de la Encarnación, invité a toda la Iglesia a recomenzar desde Cristo, con el impulso de Pentecostés y con un entusiasmo renovado, exhortando a cada uno de sus miembros a avanzar con mayor determinación por el camino de la santidad mediante una vida de oración y escucha cada vez más atenta y amorosa de la palabra de Dios. La renovación de la vida espiritual de los pastores, de los fieles y de todas las comunidades dará un nuevo impulso pastoral y misionero. Desde esta perspectiva —sobre esto deseo hablaros hoy—, las personas que están comprometidas en la vida consagrada deben desempeñar un papel fundamental. *La*

vida consagrada, en todas sus formas, antiguas y nuevas, es *un don de Dios a la Iglesia*.

Debemos pedir incansablemente al Señor que llame a hombres y mujeres a seguirlo en una vida totalmente entregada. Vuestras relaciones quinquenales manifiestan un compromiso generoso de vuestras Iglesias diocesanas en favor de la vida consagrada, lo cual me alegra. En la dinámica del acontecimiento de gracia que fue el Sínodo sobre *la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo*, y apoyándome en la exhortación apostólica *Vita consecrata*, que recogió sus frutos, quiero reafirmar con fuerza y convicción la necesidad de la vida consagrada para la Iglesia y para el mundo. En efecto, una diócesis sin comunidades de vida consagrada, "además de perder muchos dones espirituales, ambientes apropiados para la búsqueda de Dios, actividades apostólicas y metodologías pastorales específicas, correría el riesgo de ver muy debilitado su espíritu misionero, que es una característica de la mayoría de los institutos" (*Vita consecrata*, 48). Os pido ante todo que transmitáis a todos los institutos y a todas las congregaciones la estima profunda y el saludo afectuoso del Sucesor de Pedro, asegurándoles mi oración e invitándolos a no perder la esperanza en el Señor, que jamás abandona a su pueblo.

3. Las relaciones quinquenales de las diferentes diócesis de Francia ponen de relieve la crisis que atraviesa la vida consagrada en vuestro país, marcada, de manera más notable en las congregaciones apostólicas, por la disminución progresiva y constante del número de los miembros de los diversos institutos presentes en el territorio y por el menor número de los que ingresan en los noviciados. Esta crisis influye también en la fisonomía de gran número de comunidades, cuyos miembros envejecen, con consecuencias inevitables para la vida de los institutos, para su testimonio, para su gobierno y hasta para las decisiones relativas a sus misiones y al destino de sus recursos. Algunos institutos, para seguir existiendo, se ven obligados incluso a agruparse en federaciones, lo cual no siempre es fácil de realizar, teniendo en cuenta las diferentes historias de las comunidades. Para que esos intentos de agrupación puedan tener verdaderamente éxito, conviene volver a centrarse en los carismas fundacionales y recordar que la vida religiosa es para la misión de la Iglesia y se funda en Cristo, el cual llama a entregarse totalmente a él, desde la perspectiva que recuerda san Pablo: es Dios quien da el crecimiento a toda obra (cf. *1 Co 3, 4*). Hoy más que nunca, para responder a los cambios, cualesquiera que sean, los responsables de los institutos de vida consagrada deben estar atentos a la formación permanente de sus miembros, especialmente en el ámbito teológico y espiritual.

Un buen número de congregaciones antiguas han querido realizar valientemente un gran esfuerzo para *profundizar en su carisma*, así como para *renovar sus obras*, poniendo un cuidado muy particular en escuchar con gran disponibilidad las nuevas llamadas del Espíritu y en descubrir, juntamente con las diócesis, las urgencias espirituales y misioneras actuales. Complace constatar que los carismas de los institutos, cuyos miembros están envejeciendo en Europa, siguen respondiendo a las expectativas profundas de numerosos jóvenes llegados de África, Asia o América Latina, que desean consagrarse con generosidad al Señor. Me alegra también ver que algunas congregaciones se esfuerzan por *proponer su carisma a laicos* de todas las edades y de todas las condiciones, y por asociarlos a su misión, brindándoles así la

posibilidad de edificar su vida cristiana sobre una espiritualidad específica y segura, y de comprometerse más al servicio de sus hermanos. Esta iniciativa no puede por menos de redundar en bien de la vida misma de los institutos.

4. Os animo, por tanto, a no escatimar esfuerzos por "*promover la vocación y misión específicas de la vida consagrada*, que pertenece estable y firmemente a la vida y a la santidad de la Iglesia" (*Pastores gregis*, 50). Con su elocuente testimonio de consagración en el seguimiento de Cristo casto, pobre y servidor, en el centro de las realidades humanas en las que están insertados, los miembros de los institutos de vida consagrada siguen siendo signos proféticos para el mundo y para la Iglesia; con su vida manifiestan el amor de Dios a todos los hombres, manteniendo viva en la Iglesia la exigencia de reconocer el rostro de Cristo en el rostro de los pobres. Además, invitan a las comunidades diocesanas a tomar una conciencia cada vez mayor del carácter universal de la misión de la Iglesia, y les recuerdan la urgencia de buscar ante todo el reino de Dios y su justicia, así como una fraternidad cada vez mayor entre los hombres.

Os felicito por el trabajo incomparable que realizan las personas consagradas, en Francia y en los países más pobres del planeta —especialmente en África, continente al que vuestra región se dirige naturalmente, como acabáis de recordar—, en *el campo de la solidaridad* con los marginados, con los niños analfabetos, con los jóvenes de la calle, con las personas que viven la experiencia dramática de la precariedad o la pobreza, con los enfermos de sida o afectados por otras pandemias, o también con los inmigrantes y los prófugos. Y no olvido a todas las personas consagradas que trabajan en el ámbito *del servicio social, en el campo de la salud y de la educación*, tanto en el territorio nacional como en otras partes del mundo. No me cansaré de estimular a los responsables de las congregaciones a no descuidar ni abandonar demasiado rápidamente esos lugares fundamentales donde se transmiten los valores humanos y el Evangelio, y donde también se puede hacer oír la llamada a seguir a Cristo y a participar en la vida eclesial.

Aunque su visibilidad es menos perceptible hoy, las comunidades prosiguen con valentía su misión, insertándose en el entramado de la sociedad, participando en los organismos de solidaridad y siendo promotoras activas del diálogo interreligioso, al que prestáis particular atención. Sé con qué paciencia se entregan las personas consagradas, en virtud de su misma consagración al Señor, mostrándose solícitas en favor de los más pobres y los marginados, en una sociedad que muy frecuentemente los ignora. Mediante una solidaridad diaria con los heridos por la vida, son protagonistas indispensables de la creatividad de la caridad, a la que exhorté a todas las comunidades cristianas al final del gran jubileo. Esta dimensión de la caridad con los pobres y los más pequeños es prenda de credibilidad de toda la Iglesia: credibilidad de su mensaje, pero también credibilidad de las personas que, habiendo sido conquistadas por Cristo y habiéndolo contemplado, son capaces de reconocerlo en el rostro de aquellos con quienes él mismo ha querido identificarse y manifestar su compasión por todo ser humano (cf. *Novo millennio ineunte*, 49).

Las generaciones jóvenes, que tienen sed de absoluto, necesitan testigos audaces que las estimulen a vivir el Evangelio y a ponerse con generosidad al servicio de sus hermanos. Os exhorto a no descuidar nunca la experiencia y el carisma profético de las personas consagradas, centinelas de la esperanza, testigos del Absoluto y de la alegría de la entrega total de sí. El Espíritu las impulsa a ponerse al lado de los marginados de nuestras sociedades y a trabajar para levantar ante todo al hombre herido, contribuyendo así a la edificación de la caridad en cada Iglesia particular.

5. Para armonizar mejor la pastoral, es importante también que *el diálogo institucional* con los institutos de vida consagrada, tanto a nivel nacional, entre la Conferencia episcopal de Francia y las dos Conferencias de superiores mayores, como diocesano, entre el obispo o su delegado y los responsables locales de las congregaciones, permita una auténtica concertación e intercambios fructuosos; así, cada instituto de vida consagrada, conservando el carácter específico de su carisma, de su modo de vivir, de sus prioridades específicas, se insertará cada vez más orgánicamente en la Iglesia diocesana. Esto es esencial ahora que vuestras Iglesias diocesanas experimentan transformaciones en el ámbito pastoral, con cierto número de reestructuraciones relacionadas con las nuevas realidades de la misión, así como con los nuevos cambios culturales.

A través de las actividades que los institutos de vida consagrada realizan en el seno de la sociedad, quiero subrayar el importante papel que desempeñan en *la investigación intelectual* en vuestro país. Los religiosos en Francia han sido frecuentemente faros en este campo, especialmente durante la primera mitad del siglo XX, en el ámbito filosófico y teológico, dedicándose a poner de relieve las razones que deben guiar los comportamientos y los compromisos de nuestros contemporáneos, e iluminando el sentido de la existencia. Al contribuir con pertinencia a la búsqueda de la verdad, pueden favorecer una renovación de la vida intelectual y entablar relaciones fecundas con los pensadores de hoy, que afrontan las cuestiones esenciales de nuestro tiempo o que trabajan en la investigación. También quiero mencionar los institutos o las congregaciones que trabajan en *el campo de la información, de la radio o de la televisión*. Participan en el debate público, dando, en una sana y necesaria confrontación, una contribución específicamente cristiana a las grandes decisiones que forjan el futuro de la sociedad y compartiendo también sus convicciones de fe.

6. En vuestras diócesis *la vida consagrada tiene múltiples facetas*, haciendo coexistir comunidades antiguas y nuevas. Por su parte, *las nuevas comunidades*, gracias a la energía de los comienzos, dan indudablemente un impulso nuevo tanto a la vida consagrada como a la misión pastoral en las diócesis. Tienen una audacia que a veces falta a los institutos que existen desde hace más tiempo. Contribuyen a renovar la vida comunitaria, la vida litúrgica y el compromiso de la evangelización en numerosos ambientes. Esa situación es, sin duda alguna, comparable a la que debieron vivir santo Domingo o san Francisco. *Las nuevas comunidades religiosas son una oportunidad para la Iglesia*. Ayudadas por los obispos, a quienes corresponde

estar vigilantes, necesitan aún madurar, arraigarse y a veces organizarse según las reglas canónicas en vigor, y esforzarse por actuar con prudencia. Todos deben recordar que ha de prevalecer siempre el espíritu de diálogo y colaboración fraterna al servicio de Cristo y de la misión. Así, sin espíritu de competición ni antagonismos, las comunidades religiosas de larga tradición serán estimuladas por su carisma propio, y las comunidades nuevas recordarán que "*no son alternativas* a las precedentes instituciones, las cuales continúan ocupando el lugar insigne que la tradición les ha reservado. (...) Los antiguos institutos, muchos de los cuales han pasado en el transcurso de los siglos por el crisol de pruebas durísimas que han afrontado con fortaleza, pueden enriquecerse entablando un diálogo e intercambiando sus dones con las fundaciones que ven la luz en este tiempo nuestro" (*Vita consecrata*, 62). Invito a todos a vivir la caridad fraterna y a dar los pasos necesarios para que todas las fuerzas concurran a la unidad del único Cuerpo de Cristo y a la comunión en la misión. Por su parte, *los responsables de las nuevas comunidades deben permanecer vigilantes* en el discernimiento de las vocaciones, en el ámbito humano y espiritual. Para ello, han de apoyarse en personas que tengan experiencia segura en el discernimiento, tanto en los institutos como en las Iglesias locales, preocupándose también por separar lo que compete al fuero externo y al interno, según la larga práctica de prudencia de la Iglesia. Sin embargo, respetando la autonomía propia de toda comunidad religiosa, corresponde a los obispos, en la medida de lo posible, acoger, asistir y sostener a todos los institutos religiosos presentes en la diócesis, y a estos últimos colaborar con confianza, cada uno según su carisma, en la misión de la Iglesia diocesana. En todo tiempo, pero especialmente en los períodos difíciles, conviene que todos los fieles se unan para edificar la Iglesia y para ser, en el mundo, los signos visibles de la unidad del pueblo de Dios en torno a los pastores. Así la misión de la Iglesia diocesana ganará en cohesión y en impulso apostólico.

7. Muchos de vosotros subrayáis el importante papel que desempeñan *las comunidades de vida contemplativa* en vuestras diócesis, en virtud del testimonio y de la oración, elevando el mundo a Dios y participando en la misión, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, a ejemplo de santa Teresa de Lisieux. Esos lugares privilegiados de irradiación y acogida contribuyen a la fecundidad apostólica de las parroquias, de los movimientos y de los servicios, y son para numerosos jóvenes y adultos puntos de referencia y espacios en los que pueden encontrar orientaciones sólidas para construir y fortalecer su vida humana y espiritual, y para una experiencia fuerte del Absoluto de Dios, así como oasis de paz y de silencio en una sociedad trepidante. Muchos jóvenes han encontrado en los monasterios tiempo para escuchar la llamada de Dios y para prepararse a responder a ella. Los monasterios desempeñan también un papel valioso para los obispos y los sacerdotes, que pueden recuperar sus fuerzas espirituales y encontrar allí lugares fraternos. Sé que esas comunidades están bien insertadas en las diócesis, acogiendo en particular a personas que van a hacer retiros, a numerosos grupos de niños y jóvenes que acuden a reflexionar sobre su fe, a aprender a orar o a prepararse para recibir un sacramento de la Iglesia. Desde esta perspectiva, exhorto a las comunidades monásticas a estar particularmente atentas a la petición de formación espiritual de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, sobre todo de la juventud. Me alegra saber que, en numerosos monasterios, conservando la

clausura, monjes y monjas se preocupan por ser guías espirituales de las personas que llaman a la puerta de su casa. Deseo que las comunidades de orantes y contemplativos prosigan su testimonio en el seno de las diócesis, invitando a los fieles a enraizar su vida y su acción en la oración, fuente de todo impulso misionero.

8. Conozco *la generosidad de numerosos jóvenes en vuestras diócesis*, y estoy seguro de que el Señor sigue trabajando en su corazón para que respondan con generosidad a su llamada específica. Hoy quiero animarlos a no tener miedo de entregarse a Cristo pobre, casto y obediente, en la vida consagrada, camino de felicidad y de libertad verdadera, y decirles de nuevo con fuerza y convicción: "Si sentís la llamada del Señor, no la rechacéis. Entrad, más bien, con valentía en las grandes corrientes de santidad que insignes santos y santas han iniciado siguiendo a Cristo. Cultivad los anhelos característicos de vuestra edad, pero responded con prontitud al proyecto de Dios sobre vosotros, si él os invita a buscar la santidad en la vida consagrada" (*Vita consecrata*, 106). Ojalá que las diócesis, por su parte, jamás dejen de llamar a la vida consagrada.

Os invito a *tener siempre una mirada vigilante y una atención renovada a los jóvenes que desean comprometerse en la vida religiosa*. A menudo, su experiencia eclesial es reciente. Por eso, es necesario darles una sólida formación humana, intelectual, moral, espiritual, comunitaria y pastoral, que los prepare para consagrarse totalmente a Dios en la *sequela Christi*. Con este espíritu, los inter-noviciados instituidos permiten formar a un número mayor de jóvenes, dando un dinamismo evidente a su camino y permitiéndoles conocerse y confrontarse en su elección de vida. Muchas congregaciones también han acogido a jóvenes extranjeros, procedentes de África, Asia o América Latina. Esto constituye un signo evidente del carácter universal de la Iglesia. Pero tenéis una viva conciencia de las dificultades que esto puede implicar, en particular el posible atractivo de la vida occidental en detrimento de la misión en su Iglesia local. No me cansaré nunca de invitar a las congregaciones a instituir casas de formación en los países donde las vocaciones son más numerosas, a fin de no separar demasiado bruscamente a los jóvenes de su ambiente cultural, con vistas a prepararlos para su misión específica en su país, donde las necesidades son numerosas.

9. Al final de nuestro encuentro, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, quiero animaros a proseguir con ardor y celo la apasionante misión de guiar al pueblo que el Señor os ha confiado. Hoy, más que nunca, la Iglesia necesita testigos auténticos que manifiesten que el radicalismo evangélico es fuente de felicidad y de libertad. Llevad a los sacerdotes, a los diáconos y a todos los laicos de vuestras diócesis mi saludo afectuoso y mi oración ferviente, confirmándoles mi confianza y mi estímulo en el trabajo que realizan al servicio de la Iglesia. Renuevo mi saludo cordial a todas las personas consagradas: a los contemplativos, a los miembros de congregaciones e institutos de vida religiosa apostólica, de institutos seculares, de sociedades de vida apostólica y de las nuevas comunidades, confirmándoles mi estima por el insustituible testimonio de gratitud, fraternidad y esperanza que dan, no sólo a la Iglesia, sino

también a la sociedad entera, siendo los signos proféticos del amor del Señor, que quiere transformar el corazón del hombre para hacerlo cada vez más conforme a su vocación. Aseguro también mi cercanía espiritual a los religiosos y religiosas ancianos o enfermos que, con su testimonio de santidad y oración, pero también con su experiencia y su sabiduría, participan en gran medida en la fecundidad misionera de sus institutos y de la Iglesia entera. María, que acogió a Cristo con una respuesta de amor y de entrega total a la voluntad del Padre, os sostenga con su solicitud materna. Mi saludo afectuoso va también a todas las personas que, durante las semanas pasadas, han sido damnificadas por las graves inundaciones que se han producido en el sur de Francia. Os pido que les aseguréis mi oración y mi cercanía espiritual. A todos vosotros, y a todos vuestros diocesanos, imparto de todo corazón la bendición apostólica.